

VISTA DE LA ISLA DE ELBA.

LA RICAHEMBRA.

Representándose actualmente en el teatro del Príncipe un drama con este título, escrito por mi amigo D. Manuel Tamayo y por un hermano mío, me parece que no desagradarán á nuestros lectores algunas noticias acerca de Doña Juana de Mendoza, conocida con el sobrenombre que encabeza este artículo. (1)

Fué hija de Pedro Gonzalez de Mendoza, señor de Hita y Buitrago, mayordomo mayor del rey, aquel famoso caballero que en la batalla de Aljubarrota dió á D. Juan el 1 su caballo para que se salvase, y de Aljubarrota dió á D. Juan el 1 su caballo para que se salvase, y *entróse á morir lidiando*. Nació Doña Juana en Guadálajara por los años de 1332, y en su madre Doña Aldonza de Ayala pudo copiar grandes y peregrinas virtudes. Prefiriólosa sus padres á todos, con *buena doce hijos*, aventajándola y enriqueciéndola de tal modo, que fué llamada la Ricahembra. En diciembre de 1381 casó con Diego Gomez Manrique, adelantado mayor de Castilla, y en la Biblioteca Nacional se conserva copia de la carta de dote, otorgada en Avila ante

el escribano Alonso Fernandez de Sevilla, documento curiosísimo y digno de que viese la luz pública (1). El señor de Hita y Buitrago dotó á su hija con mucha plata, paramentos de armas, ajuar, aljófar, alcoras y guirlandas de oro, con mil cabezas de ganado lanar, que dijo valían 7,500 maravedís, y ciento de ganado vacuno; valuada en otro tanto. Dióle asimismo los lugares de Villaharta-Quintana (donde estaba la casa solariega de Pedro Gonzalez), los del Valle de San Vicente y sus despoblados, los de Eterna, Angula, Avellanosa, Quintanilla del Monte, Fonca, Loranco, Ochánduri y Erramelluri; y varias heredades de pan y vino y ruedas en Grañon y algunos puntos comarcanos: todo con la justicia civil y criminal, alta y baja, con sus términos, poblaciones y divisas, prados, pastos y dehesas, montes y aguas. Poco tiempo estuvo casada con Gomez Manrique esta señora, perdiendo á su esposo y padre en la desastrosa jornada contra los portugueses, el lunes 9 de setiembre de 1385.

La fama de su riqueza, de su honestidad y hermosura, empujó á muchos grandes señores en pretender su mano; pero en especial, quien se propuso hacerla suya á todo trance fué D. Alfonso Enriquez, hijo ilegítimo del maestro de Santiago D. Fadrique Enriquez, hermano bastardo de D. Pedro el Justiciero.

(1) En error áto Salazar de Castro que este matrimonio se capituló en el año de 1372, cuando lo fué en la era 1410.

El mismo genealogista añade que se hizo la capitulación entre el padre de la novia y el arzobispo de Toledo D. Gomez Manrique, Oo del ovillo, quien en contemplacion de esta alianza, ofreció dar á su sobrino otros 240,000 maravedís, como los que llevaba en dote la Ricahembra, y los peñes de oro, diamantes, sedas y lana, condados y brochaduras, y una silla con sus arzones de plata y freno con chapas del propio metal, como cumplía al honor de la desposada.

(1) Vianse en comprobacion de lo que vamos á referir, el *Centon epistolario del Bochiller de Gibraltar*, con las *Adiciones* del doctor Lorenzo Galindo de Carrizosa; las *Generaciones y semblanzas de Fernan-Perez de Guzman*; la *Crónica de Don Juan el primero*, y la de D. Juan el segundo; las *Obras del sabio varón Gracia Das* (M. S. de 1547); la *Noticia de algunos casos de los señores grandes de España* (M. S. de 1547); el *Origen de las dignidades seculares de Castilla y Leon por Salazar de Mendoza*; la *Historia de las vidas de los excelentísimos señores duques del Infantado*, por el P. Hernandez Pecha (M. S. de 1655) y la de la *Casa de Lara*, por Salazar de Castro.

Cuentan las historias que poseído una vez el maestro en Lerena, en casa de un mayordomo suyo, judío y casado con hermosísima mujer, llamada Doña Palomba, de la misma secta, de la misma raza natural de Guadaleana, y de gente de conversos, y en el mismo pueblo se crió D. Alfonso, fruto de aquellos amores, como judío, oculto y desconocido á todos. A la edad de veinte años (1574) fué bautizado, y reconocido como sobrino carnal por D. Enrique II, que merced á la traición de Montiel, empuñaba el cetro de Castilla. D. Alfonso tomó el apellido de Enriquez á contemplación del rey su tío, que en mucho le estimó y le favoreció siempre. Algunos genealogistas y escritores apasionados suponen (sin el menor fundamento) hijo á D. Alfonso de la desgraciada y virtuosísima reina Doña Blanca. Otros lo atribuyen á la mujer del mayordomo referido, afirmando que este y aquella eran cristianos viejos y de la estirpe de los godos, y que dieron á criar y criar el niño á la judía.

Sucedió en el trono á D. Enrique el Lozano su hijo D. Juan el I, quien amó con ternura á su primo hermano D. Alfonso Enriquez, y le protegió con extremo en la empresa de enlozarlo con la Ricahembra Doña Juana de Mendoza. Al propósito, escribió el rey á esta señora apretadamente, y porque se logra mejor la carta quiso llevarla el mismo D. Alfonso, disfrazado como paje del monarca. Pero como se resistiese la ilustre viuda á contestar favorablemente el mensaje, y á estrechase el mensajero, tanto se irritó la dama que no estuvo en su poder contenerse, y dejar de decir que no le convenia casarse con el hijo de una judía. D. Alfonso, que se turbaba á mandado con esta y era muy arrobado en ella, ciego de cólera levantó la mano y dió un bofetón á Doña Juana, retirándose inmediatamente. Corrida y ofendida llamó á sus criadas la Ricahembra, y sabiendo el verdadero nombre del supuesto paje, le hizo venir y juntamente á un sacerdote que los casó en el acto, para que en ningún tiempo se pudiera decir que otro hombre que su marido había puesto en su rostro la mano.

Doña Juana, á pesar de tan desfavorables principios, amó con el mayor estrado á su segunda marido, de quien tuvo doce hijos (habiendo nacido de un solo parto los tres primeros): generación famosa y privilegiada, de que descendieron las casas más ilustres de España y las más grandes príncipes de Europa. Nietos de estos señores fueron una reina de Navarra y una infanta de Aragón, y biznieto el Rey Católico, gloria de los príncipes castellanos.

D. Alfonso alcanzó la dignidad de almirante mayor de Castilla en 1409; pero antes había fundado, juntamente con su mujer, los mayorazgos de Medina de Rioseco (punto de su habitual residencia), el condado de Melgar y los señoríos y estados de Mansilla, Palenzuela y Torre de Lobaton, con otros muchos lugares en tierra de Campos, hacia los años de 1403. Siempre estuvo á cargo de la Ricahembra el gobierno de los estados y familia del Almirante, el cual, por razón de su empleo, vivía de continuo en la mar, capitaneando las galeras de Castilla contra los moros de Granada, de quienes alcanzó repetidas victorias.

Das anécdotas nos ha transmitido un cronista, del tiempo en que Doña Juana vivía en Medina de Rioseco, rigiendo sus estados por ausencia de D. Alfonso. Reliérase la primera á su praverancia y prudencia. Tenía por costumbre no abrir de noche á persona alguna las puertas de la fortaleza; y como llegase una vez á deshora su marido, pidió dejarle fuera de la villa á quebrantar una disposición, en aquellos tiempos de la mayor importancia. La segunda de á conocer la firmeza de carácter, el amor á la honra y la severidad de principios de la Ricahembra. Un secretario suyo atreviéndose á escribirle un papel de amoros, poniéndolo en la cartera del despacho, entre otras cartas y documentos; á cuyo billete contestó la dama haciendo prender y ahorcar aquella misma noche al secretario enfrente á los balcones del alcázar.

Doña Juana fué madrina en el bautizo de Enrique IV por enero de 1413; y el bachiller de Cihdareal cuenta alguno que otro suceso de esta señora, calificándola de ardiosa y cariacontecida.

A la edad de setenta años adoleció gravemente D. Alfonso, y aparejándose para morir, renunció en su hijo D. Enrique el oficio de Almirante, y sus estados, dignidades y títulos; pero habiendo sanado milagrosamente, se retiró al convento de Guadalupe, donde falleció cinco años después, en el de 1429, como penitente religioso. Su cuerpo fué depositado en el monasterio de Santa Clara de Palencia, en un suntuoso enterramiento, sobre el cual se alzaba de rodillas su estatua de mármol, representándole armado de todas armas.

Separados los dos esposos, la Ricahembra se retiró á Guadalupe, y allí murió el 24 de enero de 1431. Yace en San Francisco en la bóveda de sus mayores (1). Fue (dice la crónica de D. Juan el II)

(1) *Solano de Mendosa dice*, fol. 79, que D. Alfonso y Doña Juana están enterrados en Santa Clara de Palencia, que ellos fundaron. Lo mismo asegura Salazar de Castro (y por eso quisiera yo á entender la *Crónica de D. Juan el II*), aludiendo con las religiones, en vez en el siglo XIII, hicieron quitar los magníficos sepulcros de alabastro para mayor decoro de la iglesia.

una doña muy notable, de cuyo fallecimiento el rey é la reina á todos las grandes de la corte hubieron muy gran sentimiento, é por eso no hubo lugar de se hacer en las bodas del Condestable (D. Alvaro de Luna) las fiestas que se hicieron, en esto no acobiera.»

LOPE FERNANDEZ-GUERRA y ORBE.

ALINA.

HISTORIA DEL SIGLO XII.

* Era en el mes de agosto: la velada había comenzado; se acercaba la noche, y había sonado la oración en el castillo y la villa de Montañu.

Sentada cerca de una ventana de piedra la noble dama de Chabannes contemplaba en dulce éxtasis la naturaleza, próxima á entregarse al descanso. El silencio llenó de melancolía que la rodeaba, traía á su memoria el recuerdo de su juventud. Niña, había sido dichosa; jóven, había sido bella y feliz; casada y madre, había continuado siendo bella y feliz: el amor de su marido, la nobleza de su rango y las caricias de sus hijos, llenaban su existencia de dicha y de felicidad. El porvenir se le mostraba tan brillante como los negros ojos de su hijo, de edad de doce años; y se la sonreía con toda la gracia de su querida Alina: ángel de nueve años, Gaston, niño robusto, de color rosado y tez morena, estaba sentado cerca de su madre, y enredaba con un libro; Alina, morena y con ojos azules, procuraba leer en un misal adornado de láminas primorosas, que tenía sobre las rodillas. En un rincón había la viña Marta, que había estado al cuidado de estos dos niños.

El día había sido muy caluroso, y los vapores de la tierra abrasada, en vez de refrescar el aire de la tarde, aumentaban la calma que tan penosa hacía la respiración. Ya se había puesto el sol, y era completamente de noche, cuando de repente iluminó el horizonte un relámpago, seguido de un trueno, que repitieron los ecos de las nubes y de las montañas. Berthe, sacada de improviso de su éxtasis, hizo la señal de la cruz; su hijo se arrojó mas á ella, no tanto por temor como para defenderla, y Alina, asustada, se abrazó al cuello de su madre.

—Recomos, hijos míos; la tempestad está encima: pidámos á Nuestra Señora del Buen Socorro que se digné amparar y librar de todo peligro á vuestro padre, el noble señor de Chabannes, que en este momento está en camino, de vuelta á su castillo, y debe llegar mañana.

—Mi padre, esclama Gaston con alegría, mi padre va á volver!

—Señora Nuestra, protegéd á nuestro doño y señor, murmuraba la anciana.

—Sí, Marta, contestó la duquesa, pidámos por el viajero espuesto en este momento al furor de la tempestad. Escuchad, ¿veis con qué furia se declara? La lluvia cae á torrentes, el trueno no cesa de sonar, y los relámpagos iluminan la estancia.

—Qué hermanitos son! exclamó el niño, cuyo entusiasmo era mayor que el miedo.

—Buena ama, replicó Berthe, enciende el cirio bendito de la Candelaria, y ponle delante de la imagen que me ha dado mi tío el obispo de Sensons.

En seguida cogió las manecillas de su hijo, y las cruzó para orar. Gaston, apoyado en una silla blasonada, seguía contemplando los progresos de la tempestad, y la buena Marta unía sus rezos á los de la familia.

De repente se abre con violencia la puerta de la estancia, y aparece pálido y temblando el viejo Gerard, mayordomo del castillo. Sus vestidos estaban en el mas completo desorden, el terror pintado en sus ojos, y las piernas se le doblaban bajo el peso de su emoción.

—Señora, están allí! dijo señalando con la mano la entrada principal del castillo.

—¿El amo y sus amigos?

—No, noble señora; ¡sus enemigos!

—Es preciso defendernos, esclama el jóven Gaston.

—Ay señora! moriremos todos por salvarla, pero es imposible libramos. Mi señor ha llevado con él casi toda su gente de armas, y no hay bastante para defender el castillo.

—Tratad de defenderos hasta mañana, respondió Berthe repuesta de su emoción; el duque de Chabannes no puede tardar en llegar.

—Si señora, nos defendermos hasta morir.

Peró todo fué inútil: atacados de improviso, oprimidos por el número, á pesar de su valor y resistencia, sucumbieron todos y fueron degollados sin piedad. Los enemigos, furiosos, no perdonaron á nadie; Gaston, á pesar de defenderse, cayó con su madre bajo sus golpes; solo Alina se salvó por un milagro de amor maternal: herida de

morte la dama de Montaigne, estrechó á su hija contra su seno, y dejándose caer en tierra con ella la libró de una muerte cierta. Todo se lo llevaron, muebles, vajilla de oro y plata, telas preciosas y alhajas: en una hora no quedó en el castillo mas que las uorrallas y los cadáveres desuados. Al despojar el de la señora Chabannes, uno de los escuderos encontró á la niña viva aún; conmovido por sus lágrimas y por su hermosura, la tomó en sus brazos forrados de hierro y se la ofreció á su capitán, el conde de Malcourant, que satisfecho de su venganza contra su enemigo el conde de Chabannes, no tuvo el odioso resentimiento de asesinar á aquella pobre criatura. La unió á su hija, y volvió á tomar el camino de su castillo, situado en el medio de la Borgoña.

Mientras que esto sucedía, el señor de Chabannes se volvía de París, satisfecho de su viaje, y mas dichoso con la esperanza de la felicidad que le esperaba á su vuelta. Amar á una mujer joven y bella, que participe de vuestro cariño, es una dicha muy rara, es un tesoro difícil de adquirir y precioso de conservar: volver á ver á una esposa, cuya mirada busca con confianza las vuestras y que está rebosando amor; recibir las inocentes y graciosas variaciones de sus hijos; recoger de sus criados mil felicitaciones por su vuelta; volver á su antigua casa y hogar, testigos de sus dulces pasatiempos, eran los pensamientos que ocupaban al señor de Chabannes cuando se iba acercando al castillo. Pero se quedó en extremo sorprendido al encontrar echado el puente, levantado el cerrillo, y abiertas las puertas principales. ¿Quién podría pensar el dolor, la consternación y el abatimiento de aquel esposo, de aquel padre, al ver los cadáveres de su mujer y de su hijo! Su dolor fué mudo, como todos los grandes dolores; una lágrima candente corría por sus ojos inyectados de sangre, y únicamente salió de su boca el nombre de su enemigo, como el rugido de una leona á quien han quitado los hijos.

Estos dos señores estaban hacia mucho tiempo en guerra, pues en tiempo de los reinados de Carlos VI y Carlos VII era muy común ver á los nobles señores vengar sus querrelas con el asesinato, y hacerse justicia con sus propias manos. El señor de Chabannes se había apoderado de un castillo del conde de Malcourant, y este, por vía de represalias, había atacado de noche el castillo de Montaigne, mientras estaba ausente su dueño.

Ocho años han pasado desde este suceso, durante los cuales el señor de Chabannes hizo al conde una guerra encarnizada; pero este se defendió con toda la animosidad de su aborrecimiento. Viendo el señor de Chabannes que no podía conseguir su objeto, resolvió acudir á la justicia, y se quejó al duque de Borbon su soberano; y el conde Malcourant se puso á su vez bajo la protección del duque de Borgoña, de quien era vasallo. Conociendo la fuerza, el crédito y la superioridad del duque de Borgoña sobre los demás príncipes, el señor de Chabannes quiso recusar su intervención. Fueron muy largos los debates que esto produjo, que no hicieron mas que aumentar la irritación y el odio de las dos partes. El duque de Borgoña, que desde un principio había estado con cuidado viendo que sus diferencias no se acababan nunca, las tomó por su cuenta e intervino en ellas de oficio. Condenó por su propia autoridad al conde de Malcourant á residir el castillo y á poner en libertad á la única que se salvó del degüello. Pero como el duque Chabannes había sido el primer agresor, autorizó al conde para retener los muebles y las alhajas robadas en el castillo. Contentos á no los dos enemigos, se vieron en la precisión de aceptar esta intervención y de pasar por ella.

Durante los ocho años del destierro, Alina había crecido y se había hecho una hermosa joven de diez y siete años, edad de la inocencia y del pudor, en la que las jóvenes aun no se conocen. ¿Qué hermosa estaba aquella niña, víctima de la desgracia y del despotismo, sentada á su ventana, agitados sus hermosos cabellos por el viento de la tarde, con su tersa frente, su pálida fisonomía, tendiendo su vista por el espacio y buscando el horizonte del cielo de su patria, la mansión de su padre! El recuerdo, de sus parientes y de sus primeros años hacía correr gruesas lágrimas de sus hermosos ojos azules, y quedaba absorta en este recuerdo, que concluía siempre por una oración por su padre, ansioso por rogar á Dios por su madre que velaba por ella desde el cielo. Pasaba los días entre la oración, los recuerdos y la liturgia, que es el mayor goce de los nobles corazones; lo mismo era para ella un día que otro.

Entre los escuderos del conde Malcourant habia un paje joven que le habia confiado el duque de Borgoña para instruirle en el noble ejercicio de la guerra. De ilustre y antigua familia, Enrique de Montagne se hacia notable por su noble continente, sus veinticinco años, su valor, y sobre todo por sus modales nobles y cumplidos; cualidades raras en aquella época. Su reprensiva fisonomía estaba adornada de una frente ancha y espaciosa, y de unos ojos en que estaban pintadas el valor y la serenidad. Tenia la gracia y agilidad de la juventud; pero rico de todas estas cosas, era pobre de bienes, y necesitaba buscar la fortuna por el camino de la gloria.

La belleza de Alina, á quien habia visto muchas veces, habia cautivado su corazón; su tristeza, su soledad, su castiverio habian puesto en movimiento todos los sentimientos generosos y propios del espíritu caballeresco que inspiró á la nobleza francesa esta antigua y bella divisa: *Dios, una dama y mi rey*. Joven, la amaba sin saberlo con un amor tierno y apasionado.

En un torneo que el conde de Malcourant dió de vuelta de una campaña feliz, Enrique de Montagne tuvo ocasión de hacerse notable. Estaban concluyendo, cuando tropezando su caballo le hizo hacer un movimiento hácia adelante: movimiento que quiso aprovechar su contrario, tirándole un lazo á la visera. A vista del peligro, salió un grito de la tribuna de honor, y un pañuelo cayó en la arena. Librándose del lazo, echándose á un lado, volver el caballo, recoger el pañuelo sin detenerse, y cargar á su adversario, fué para Enrique obra de un momento. Sorprendido por una acometida tan brava y tan inesperada, el contrario no pudo resistirle, y perdió los estribos. Una aclamación general se hizo oír por todas partes, y Enrique fué proclamado vencedor del torneo, y cuando Alina llena de emoción y de orgullo quiso con tímidez reclamar su pañuelo el que habia arrojado su vida por declararse su caballero; este le respondió muy bajo, pero ardiendo en amor: ¡oh! no, no le reclaméis, solo con mi vida ahondaré este pañuelo! Y desde entonces Enrique no vivía mas que para Alina, y Alina volvía algunas veces á ver á Enrique. ¡Eran tan dichosos los dos!

Arregladas por el duque de Borgoña las diferencias de los dos señores enemigos, Alina volvió á habitar otra vez el castillo de Montaigne. Su alegría fué grande, pero no dejó de ir acompañada de tristeza; amaba sin saberlo, ó mas bien no quería confesárselo. Las maneras graciosas y nobles, el valor y sangre fría de Enrique habian conquistado su corazón, y el cariño y el amor se llevan poco. Por supuesto que Alina habia ocultado á todos, y en particular á su padre, el secreto de su amor. Cuando y cómo volvería á ver á Enrique, no lo sabia... pero su corazón la decia que esperase.

Enrique por su parte, despues de la partida de Alina del castillo de Malcourant para ir á habitar el de Montaigne, argüida de verse separada de ella, se retiró de la corte del duque de Borgoña, para buscar en los combates y las justas el medio de distraer su amor, y al mismo tiempo adquirir un nombre que le permitiese presentarse á su padre á pedirle su mano.

Pero al poco tiempo el padre de Alina pensó en dárle un esposo digno de ella, y sobre todo de él. En las cercanías habitaba, ó mas bien cuidaba en un castillo ruinoso un caballero compañero de armas, y amigo del duque de Chabannes, cuya nobleza era tan grande como escasa su fortuna. Gran cazador, de un genio fuerte, de cuarenta y cinco años, bruto y pendenciero, no podía convertir á la dulzura de Alina; comprendía muy poco los sentimientos de afección y de delicadeza; era uno de aquellos caballeros que se hubieran avergonzado de saber escribir, y que firmaba con el pomo de la espada; por lo demás, habia dado pruebas de ser un hombre de bien.

Mucho sufrió Alina cuando supo la elección de su padre: trató de convencerle que preferiría mas retirarse á un monasterio; pero el duque se opuso abiertamente. Entonces ella pidió un año de término para obedecer las órdenes de su noble padre.

Se pasó el año sin que hubiera ningún cambio. El baron de Vandemont iba con frecuencia á presentar sus homenajes á su futura, y á cazar con el señor de Chabannes, y muchas veces Alina se retiraba con el corazón oprimido y los ojos llenos de lágrimas. Esperaba que su frialdad á indiferencia, de que le daba repetidas pruebas, le obligarian á romper su próximo matrimonio, á devolverla una libertad que ella no le habia dado; pero siempre eran defraudadas sus esperanzas.

Una mañana el duque de Chabannes entró en la habitación de su hija y le dijo que habia oído, y que venia á reclamarle el cumplimiento de su promesa; que en consecuencia, para celebrar de un modo digno su matrimonio, habia hecho publicar para el mes próximo un magnífico torneo que el duque y la duquesa de Borgoña se habían dignado presidir.

Alina, que ya no tenia mas esperanza que en Dios, se puso en sus brazos, y respondió á su padre que le obedecería, pero que le aplicaba que le permitiese dar su persona y su mano al vencedor del torneo. Un secreto presentimiento motivó esta súplica.

El duque de Chabannes, que conocía el valor, la destreza y la fuerza de su amigo el baron de Vandemont, concluyó por acceder á lo que solicitó el un capricho de su hija. Por otra parte, no le disgustaba la esperanza de poder encontrar un yerno tan noble y mas rico que el baron, aunque este fuese amigo mas antiguo. Hizo dar la mayor publicidad á las condiciones del torneo.

Fuó muy grande la afluencia de caballeros al castillo Montaigne. La presencia del duque de Borgoña y de la corte, la esperanza de hacerse notable y de obtener el premio tan bello del torneo, habian atraído á este combate á todos los nobles caballeros de las cercanías y

de veinte leguas en contorno. Pero entre todos se distinguían el barón de Vaudemont, por su hermosa estatura, su aire marcial y por su lenguaje fanfarrón; el conde de Malcourant por su rica armadura, su orgullo y su arrogancia. Los dos tenían un interés particular en ser el vencedor en el torneo. El espíritu de venganza del uno y la avaricia del otro estimulaban su ardor y su mal carácter.

Alina, por su parte, esperaba ver á Enrique entre los combatientes, y dirigía fervientes súplicas al cielo para que fuese el vencedor; pero hasta el presente aun no había parecido, y la inquietud de Alina era mortal.

En fin llegó el día del torneo. La jornada se anunciaba bella, el sitio consagrado al combate estaba rodeado de una vasta galería, en que se colocaron las damas de los caballeros que no tomaban parte en el combate; una gran tienda adornada de ricas telas y con las armas de los duques de Borgoña y Chabannes se reservó para la duquesa de Borgoña y su corte: Alina se colocó á la derecha de la duquesa, que había sido nombrada reina del torneo.

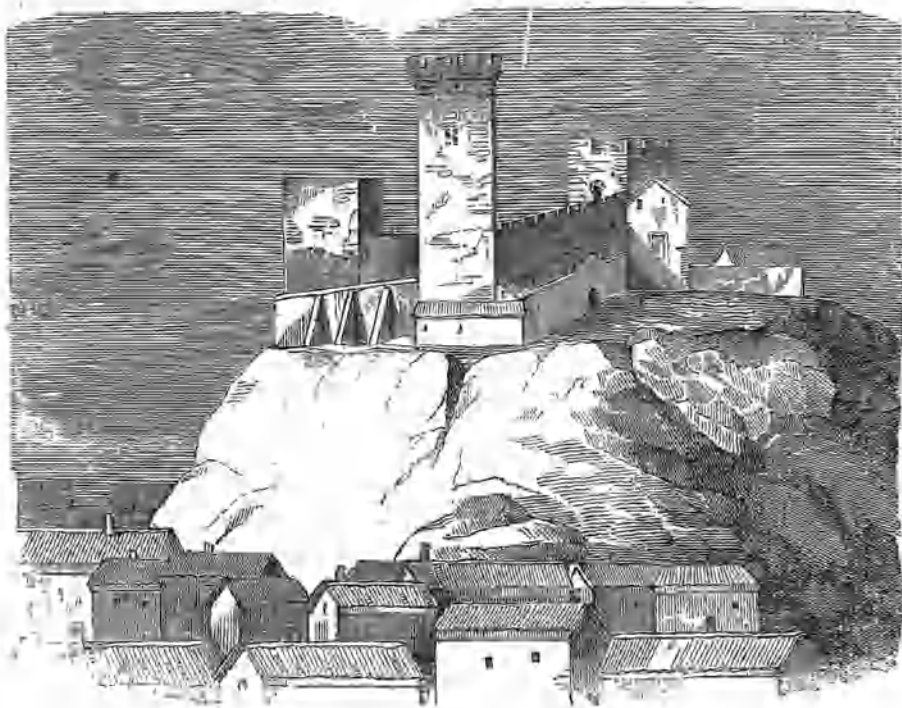
Los clarines anunciaron la llegada de los mantenedores del torneo, que eran el conde Malcourant y el barón de Vaudemont con dos amigos suyos: debían hacer frente á todos los que habiendo tocado sus escudos, que estaban colgados á la entrada de la lid, quisiesen disputarles el premio de la conquista.

Hubo diferentes choques, y no faltó valor á los esforzados cabal-

leros que combatían á vista de sus damas y del duque de Borgoña, que con el de Chabannes había sido nombrado juez del combate; los cuatro sostenedores parecían incansables, y Malcourant sobre todo se hacía notar por la fuerza de su brazo y la destreza en manejar su corcel; al sexto encuentro los dos compañeros del duque y del barón fueron desmontados y puestos fuera de combate; al octavo no quedaba mas que un combatiente contra los dos sostenedores del combate; y ya se iba á sortear con quién había de luchar primero, cuando un alarín anunció la llegada de un nuevo caballero.

Este, después de haber tocado tres veces el escudo de Malcourant y de Vaudemont, se adelantó hácia la tribuna á saludar á la duquesa; contra lo ordinario no llevaba cimera en el casco; su armadura era de color oscuro; al saludar no se levantó la visera, y su escudo, que llevaba á la altura del pecho, no tenía ningún blasón; los mantenedores, al ver un desconocido que ocultaba su calidad, querían escurrirse del combate; pero el duque de Borgoña, sin que le hubiera conocido ó que creyese poderlo hacer, aceptó al nuevo combatiente tal como se presentaba.

Los cuatro caballeros puestos uno enfrente del otro se atacaron vivamente, el desconocido contra el barón, y su compañero contra Malcourant. Al primer choque el que tomó partido por el desconocido, tocado por la terrible lanza de Malcourant, rodó por la arena, y pidió gracia; el desconocido hirió con tal fuerza al barón de Vaudemont,



El castillo de Montemayor.—(Véase la pág. 97.)

que obligó al caballo á caer de espaldas, y de esta caída el barón salió con una pierna contusa. Alina, sin pensar en ello, y como único recurso, vió con interés la caída del barón.

El conde de Malcourant, viéndose solo para luchar con el desconocido, le injuriaba para obligarle á que se descubriera.

—Pronto lo sabrás, le respondió este, y al mismo tiempo sacó de debajo de su escudo una bandá con las armas del duque de Chabannes, á la cual estaba unido el pañuelo blanco que Alina había abandonado á Enrique en el torneo de Malcourant; esta le costó mucho trabajo dominar su alegría, pero el temor de una desgracia le contuvo.

Al ver estas armas el conde de Malcourant dió un rugido, y dirigiendo una mirada de odio al duque de Chabannes, le dijo al desconocido: *Yo pongo toda mi gloria en humillar al defensor de una casa enemiga.*

—Y yo, respondió el desconocido, *cifro toda la mía en anular el legado según el cual se ataca á las mujeres y á los hijos.*

En este momento Enrique recibió un golpe de lanza del conde, que evita, y pronunciando el nombre de Alina se lanza lleno de ardor contra su adversario, le toca en el pecho, y le hace perder los estribos. Este, furioso, se rehace y grita venganza. Pide armas, proponiendo la espada á pié contra la lanza á caballo. En este nuevo combate el ataque fué vivo, y la defensa llena de habilidad. Cada uno, según su opinión, aprobaba ó no los golpes de los combatientes; la espera fué

larga y penosa, la sangre corría de los dos lados, y se deducía que iba en ello la vida de uno de los dos. Enrique, herido en el brazo izquierdo, respondía con valor en esta lucha desigual, en que toda la ventaja era del conde, que listo y pronto le atacaba por todos lados, y él lo evitaba con facilidad. Alina, desesperada, cerraba los ojos de horror y de temor, y no podía, sin embargo, dejar de mirar. De repente el conde se aprovecha de un movimiento del caballo, y tira á Enrique una estocada, que mas pronto que el relámpago hace encobrir á su caballo, y levantando su terrible lanza á toda la altura de este, le da un golpe en el costado, en el momento que el conde levantaba el brazo para herirle segunda vez; en seguida abandona su corcel, coge á su adversario, le echa por tierra, y poniéndote el pié en el pecho, le presenta la espada á la garganta.

El conde de Malcourant tuvo la debilidad de gritar: ¡perdon! Enrique no consintió en concederle la vida sino con la condicón de que había de dar una vuelta descalzo alrededor del castillo de Montemayor, con una cuerda al cuello, y que iría delante del duque de Chabannes á pedirle perdon de los ultrajes que había hecho á su casa. Esta promesa fué jurada y registrada. El jóven desconocido fué declarado vencedor del torneo, y presentado á la duquesa de Borgoña, que le dió entregándole la corona:

—Galante caballero, he aquí un bello homenaje que debéis depositar á los piés de la mas bella dama del torneo.

—«Sería á vuestros piés, señora, respondió Enrique de Mortagne; pero el honor es la más bella garantía de un caballero, y tengo empeñado el mío en dársela á otra.»

Y fué radiante de orgullo y de alegría á depositar su corona y el pañuelo blanco á los piés de Alina.

—«El ultraje de la casa de Chabaunes está vengado, dice; ¿la mano de la señorita Alina pertenecerá al vencedor?»

—«Con la mayor alegría respondió el duque de Chabaunes; os pertenece, quien quiera que seais.»

—«Y vos, señorita, dijo entonces Enrique, ¿confirmáis sin disgusto las promesas de vuestro noble padre?»

Alina, por toda respuesta, le miró con amor, volviendo á entregarle su pañuelo.

MI VIAJE

A LA REPUBLICA DEL ECUADOR.

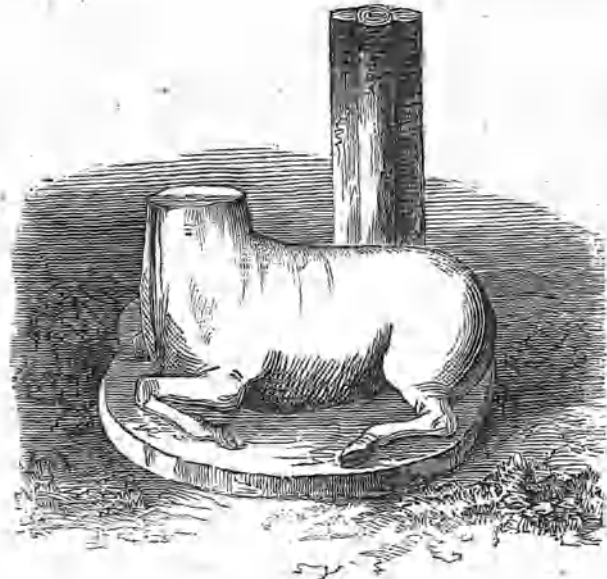
(Continuación.)

Los indios desviaron con sus palancas nuestra canoa de la orilla, y empezamos el segundo día de navegación; mas tarde abandonaron las palancas por los remos, trabajando vigorosamente sin descanso

durante una hora que para reposar hicimos un pequeño alto, saltamos todos en la orilla, donde despues de subir por una pequeña colina vimos una cabaña indiana.

P** mandó á los criados pusiesen orden en nuestra ambulante habitación, y trajeron luego lo necesario para que pudiésemos hacer nuestra toilette y almorzar despues, todo al aire libre á la sombra de gigantescos troncos de copudos árboles y encima de la verde alfombra. —¿Y por qué no dentro de aquella cabaña?—Describámola, que será la mejor contestacion.—Fígrese el lector (que no haya estado por allá, y recuerde el que haya estado) cuatro vigas clavadas en tierra, coronadas por un techo ahuecado, y reducidísimo, á 16 pies de elevacion ó menos, adonde solo de noche se recogia la familia indiana subiéndonse á esa guarida por medio de una especie de asta-bandera que retiraban despues, y de este modo dormian fuera del alcance de las fieras, que hay muchas, y particularmente tigres, que durante la noche van á caza de gallinas, perros, cerdos, vacas, toros y mulas, que acostumbran tener en derredor de dichas chozas para su uso los indios, por lo que siempre hay uno que vigila con su escopeta y su machete mientras que duermen los demás. Del techo abajo no hay paredes; pero siempre protege dichas cabañas la sombra de grandes árboles: abajo tienen aquellos útiles de que se sirven durante el día; abajo guisan, y tienen clavadas en tierra estacas con cabezas de tigres muertos por ellos, y hermosas pieles, algunas de las cuales compramos á ínfimo precio.

También acostumbran vander titiles y periquitos. Pero víveres solo rara vez y por gran favor, puesto que les hacen mucha mas falta



(Escultura antigua.)

que el dinero; lo desprecian aquellos semisalvajes, cuyas costumbres están corigeradas por la sublime doctrina del Evangelio; son tan sóbrios contentándose con lo necesario, y tan de buena fé religiosos, que andan á veces tres y cuatro leguas los domingos y fiestas de guardar por oír misa; sus costumbres son patriarcales, y no han llegado á romperse con el libertinaje que reina en las ciudades populosas y que llaman civilizadas.

Además de la lengua inca hablan español con acento andaluz; ignoran toda espresion fea, á lo menos jamás proferen palabras malsonantes, y reducen sus más fuertes interjecciones á invocar los dulces nombres de Jesús y de María; nunca se ha oido decir que se haya efectuado un robo entre ellos, que á veces se ven en medio del río conduciendo á un solo pasajero cargado de oro.

Pasó aquel segundo día como el primero, y la noche asimismo; sucediéndose en la misma forma los demás, viendo constantemente muchos caimanes; el sexto día sobre todo fueron tantos y tan grandes, que causaban horror; recuerdo que sobre las doce Luis y yo apérbimos un cuerpo que flutuando sobre las aguas, venia hácia nuestra proa, impellido por la corriente, y además unos pajarracos navegando sobre aquel objeto; cuando estava cerca pudimos distinguir el cuerpo acéfalo de un enorme caiman á quien algunos indios habrian cortado la cabeza despues de malarlo de un balazo tambien en la cabeza, porque la coraza que cubre sus lomos es invulnerable; despues

le extraerian de su cuerpo gran cantidad de grasa de que hacen uso, y lo abandonarían luego en la corriente, donde muchos gallinazos, que son enormes cuervos ahumizados, con repugnantes graznidos disputábase á la sazón como grajos vides los restos magullados del formidable reptil.

Todavía no he dicho por qué no se puede navegar de noche y solo sí durante el día, y no sin riesgo; como quiera que allí hay una vegetacion asombrosa, y que los bosques así como las generaciones de los hombres tienen su infancia, su juventud, su vejez y su decrepitud, aquel río está muy sucio á causa de los troncos seculares que caen á impulso de los huracanes y mil ramas que se desgajan, todo lo cual va á parar al río, y si no se navega con precaucion, á veces se aglomeran tantos estorbos y en sitios tan estrechos, que es espuesto á zozobrar, lo cual no convendría en ninguna forma aun sabiendo nada bien, porque aquellas aguas están pobladas de caimanes que son anfibios, y tienen la peculiar gracia de acometer con preferencia dentro de aquel elemento; tan cierto es esto, que yendo en la canoa no se es dueño ni aun de sacar una mano para jugar con el agua, sin peligro de dejarla allí para siempre, aunque cuando menos bañarse. Las culebras, de que diré algo al fin de este capítulo, abundan de todas especies en aquellas orillas, y hay tantísimos monos de todas clases, que meten un ruido extraordinario. Un reiran dice: «el último mono se ahoga,» de una maniobra que se presencia allí: era un punto en

que el río momentáneamente se estrechaba hasta quedar reducido á unos quince pies quizá de estrechura; en la misma orilla derecha había unos árboles muy elevados, delgados y flexibles; sobieron á uno de ellos diez ó doce monos, los cuales agarrándose cada cual por la cola del que le precedía se mecieron en la copa del dicho árbol, hasta que tanto se balanceó con las acompañadas y repetidas sacudidas, como se acercaron mucho á las copas de otros árboles que en la opuesta orilla se inclinaban hacia el centro del río; entonces el primer mono de pronto se desprendió de su árbol aferrándose vigorosamente á uno de los otros; los otros monos, sin saltarse las colas, se dejaron ir y se encontraron trasportados asimismo como el primero; pero tocante al último desgraciado, sufrió un vívido tan ruidoso, que no pudiéndolo resistir, soltó las manos y se ahogó lanzando un doloroso grito argentino.

El penúltimo día llovió (llovió todos los días), pero mas aquel que ninguno, serian las ocho de la mañana, y vimos hacia la proa tambien que arrastrado por la corriente navegaba un enorme tronco de árbol con sus inmensas ramas, poco grandes, pero no en su número, y llenas de hojas verdes, las que formaban un raro contraste con el tronco que aparecía rojo, viejo y carbonizado; nuestro patrón se preparaba para manejar convenientemente el timón, y los indios las palancas para defendernos contra aquel enemigo que venia derecho á envolvernos: aun estaba á distancia; Luis y yo no quitábamos ojo á aquello y nos preguntábamos: ¿cómo un tronco que perece y se desmenuza no podrá viejo poder tener unas ramas de tan verde y lozano follaje? Los indios se sonreían de nuestra inocencia: acercáse á esto mas el árbol, y ¡oh sorpresa! vimos que de repente desdújase las ramas de su aparente y verde follaje, y bajo la forma de una nube de esmeraldas desapareció por los aires; era una bandada de mas de mil loritos no mayores que polluelos de ocho días, y que llaman en el país periquitos.

Llegó la noche, y como siempre, la canoa sujeta por un cable á un tronco; había una colina con mucho matorral y una choza; no había luna; el cielo estaba encapotado, y serian las nueve de la noche cuando se habló de cenar; encendimos como de costumbre, y solo para este acto, una bujía, y allí se encaron vasos, fiambrés, botellas, etc. etc.: ocurrió pues que ó lo mejor el viento nos apagó la luz; por tres veces se encendió y volvió á apagar sucesivamente: cómo nos resignamos por aquella vez á cenar á oscuras: empezamos á mascar á dos carrillos, sin importarnos mucho por la luz, y aunque nadie se llevara equivocadamente un bocado á una oreja en vez de á la boca, sin embargo, al preguntar quién tenía la botella del vino de madero, está á nunca pareció, y solo si el ron, el jerez, manzanilla, etc. Yo, que antes de apagar la luz reparé en que no quedaba mas que media botella de dicho vino y que aquella no era hora oportuna para sacar mas del repuesto, me la había apropiado de antemano para mi solo, siendo egoísta por la vez primera en mi vida, y en medio de las tinieblas después de echar un gran brago, exclamé: Es fuerte cosa que no hayamos de beber madero esta noche!... Y no menta, porque no había otro que yo... Con esto había sospeché, y mi corazón se sintió alegre; fue lo suficiente para contentarme una dosis que repartida entre muchos, á ninguno hubiera aprovechado. Como había comido mucho, aquello me facilitó la cocción, y pasada una hora hubo de salir en tierra, no recuerdo á qué.

Un indio encendió una tea y me condujo á tierra. Luis quiso venir: preferí desviarme momentáneamente de mis dos acompañantes, pero en todo se opuso.

—¿Qué, preguntó yo, hay tsimanes?

—Pues que eso, señor.

—Pues!... repuso Luis algo alarmado.

—¿Tan de saber sus mercedes que este es un sitio señalado por la abundancia de colebras, y nunca las he visto tan aborrotadas como esta noche.

Al oír esto yo fui quien experimenté muy serios temores; fijé mi consideración en nuestro guía, hermoso hombre de color de cobre y formas apolónicas; en la siniestra mano empuñaba la escudense tea, y un nodoso palo en su diestra, á mas con una correa ceñida un machete á su poderosa cintura.

—Pues qué, dijo Luis, por ventura ó mas bien por desventura nos acometerán?

—No señor, á monos que inadvertidamente pisásemos alguna que está oculta entre estas matas, en cuyo caso estamos perdidos.

—Todavía es tiempo de volver atrás, observé yo, cogiendo á Luis de la mano y volviendo la espalda al guía.

—No tenga su merced miedo, replicó el indio, que yo gritaré para espantarlas y que se hagan á un lado.

—Luis me dijo tambien que era innoble retroceder, é indigno de mosqueteros; yo, que no sabia que fuésemos mosqueteros, al aprenderlo nada tuve que replicar y no pensé mas en abandonar el campo.

El indio empezó á sufrir (porque aquello pasaba de gritos); pare-

cía un enervamiento, y á las vibraciones de su voz contestaba un eco salvaje en aquellos bosques, y aquel hombre de pronto alzando la tea y agitando la para que su llama rojiza diese mas luz, soltó el palo y con el machete comenzó á dar mandobles contra aquellas matas y abrojos, y nos dijo: Señores!... mirad sus mercedes cómo hayen estas colebras!... y nosotros vimos al siniestro resplandor de aquella fúnebre llama una legión de serpientes, víboras y colebrás de varias especies huyendo y silbando y erugiendo cual látigos infernales; yo no sé á qué comparo aquella hoguera de reptiles que allí bullia, amenazándonos de paso con saetas envenenadas y ojos centelleantes de colera fascinadora; figúrese el lector la cabellera de Medusa, pero veinte veces mas larga. Saliendo de nuestro estupor Luis y yo seducidos por el valor de nuestro guía, le secundamos en la lucha que emprendiera para conjurar á aquella falange del averno.

III.

CRUCES.—ISTMO DE DARIN.—PANAMÁ.

Junio, 1842.

* Retirábase el sol á su ocaso; un ambiente suave precedía el vespertino crepúsculo; los trinos de las aves iban haciendo menos frecuentes, y mas escasos todos los demás ruidos, cuando nuestra canoa se detuvo en la derecha margen del río; era el quinto día de navegación y último.

Teñamos el frente y en alto á una aldehuela de pocas casas, pero sin calles, porque era en medio del campo, do vivían todos interpolados, los animales con las gentes. El único edificio notable fuera la casa del cura, á no ser por una iglesia derruida y corta de talle, que asemejaba mas bien á un palomar, y á través de cuyas agrietadas paredes podriase penetrar perfectamente aunque estuviesen las puertas herméticamente cerradas: allí mismo estaba lo que apelidaban plaza, y en medio de esta, suspendida de un mádero atravesado sobre otros dos clavados en tierra, una parodia vil de campana, una semi-caldera ó pocia enorme, sobre la cual, repicando con dos piedras, el sacerdote convocaba á los fieles todas las mañanas para asistir al oficio santo de la misa, y solo después de subir á aquella plaza por una muy deleznable colina, podía uno decir: Estoy en Cruzes, el inclito Cruzes; el nunca bastantemente ponderado Cruzes!

POR TI.

(Conclusión.)

(Aprobada por el censor.)

Al oír este nombre Salvador, palideció y no supo qué decir, hasta que una mirada de Arturo en que se leía esta idea; creó en el amor de las mujeres, que ya recibida desengañada vino á sacarle de este penoso estado.

—Está Ud. seguro de lo que ha referido? exclamó dirigiéndose á Federico.

—Eso es bueno! Si á Ud. le cabe alguna duda, no tiene mas que pasarse por mi casa, y allí le enseñaré cartas, pelo y demás zarandajas propias del caso.

—Miente Ud., caballero; y al decir esto estampó Lazan un fuerte boteven en la mejilla del intropido Lovelace.

—Caballero, Ud. me dará una satisfacción de este insulto.

—Si por Dios! y á muerte.

Arturo, Rafael y otras personas cercanas se interpusieron entre los contendientes. Estos abandonaron en seguida el café. Poco después toda la concurrencia hacia comentario sobre el dramático suceso que acababa de acontecer.

Pretenden ciertos modernos escritores en sus delirios filosóficos arreglar el mundo de modo que se convierta en un nuevo paraíso terrenal. La paz universal, el comunismo y la hermandad de todas las naciones, há aquí las brillantes utopías de Fourier y Prudhon, de Cabot y Luis Blanc. Algunos novelistas de esta escuela han dado en la mas estraña manía que imagina se puede; culpable es el rico de la embriaguez del jornalero y del robo del pobre, de la prostitucion de la hija del pueblo y de la vagancia del mendigo; para estas gentes dice Paul Faval: el pobre es un cordero, el rico es un tigre, y cada vez que uno de estos desgraciados tiene la flagueta de estrangular á un transeunte en medio de la calle, se deberia gollifotinar un marqués. Según estos humanitarios filósofos, el duelo es un crimen horrible digno de los bárbaros y atrasados tiempos en que la promesa era sagrada; en que Luis XIV en Francia y Felipe IV en España cleraban las letras y las artes al mas alto grado de esplendorosa grandeza; en que el amor, la amistad y la gloria inflamaban mas de un pecho de noble y generoso entusiasmo. Si aquello ya pasó, en cambio la moderna civilizacion nos da caminos de hierro, sociedades anónimas, parlamentos que hablan, pueblos que obran, apóstoles de la comunidad de bienes que se eúriqueten, filósofos, magnetizadores y empiricos y charlatanes de

todas clases y condiciones. ¿Pero adónde vamos? ¿Qué es lo que escribimos? Nos dejamos llevar de nuestro humor airado, y formamos un largo capítulo de cargos contra la edad presente, sin considerar que se pudieran hacer á los pasados siglos. Nuestra intencion era disculpar el desatino en determinados casos; andemos pues el roto hilo de nuestro discurso.

El duelo es un suplemento obligado á las leyes que no conocen las ofensas hechas al honor; esto ha dicho el eminente cantor de Ateja y de René, el religioso autor del Génesis del Cristianismo, y estas palabras formulan nuestra opinion acerca de tan debatida materia. Y no se nos diga que el honor es una preocupacion mundana ó una frase vacía de sentido; porque si se tratara de destruir todas las preocupaciones, y explicar el significado de las voces que usamos, tal vez no se encontraría nada cierto en el mundo moral á escepcion de las verdades que la fé nos enseña.

Semejantes á las ideas que dejamos expresadas, eran las que abrigaba Salvador de Lazan. Así pues, su conciencia estaba tranquila acerca del lance de honor que con Federico tenía pendiente; empero su ánimo se hallaba agitado por terribles criminosas desconfianzas. ¿Serán ciertas las palabras de Federico? Ningun motivo había para dudar de ellas. Estos pensamientos desgarraban el corazón de nuestro héroe, tanto mas, cuanto que nunca la mas ligera sospecha había empañado el claro horizonte de sus amores con la poetisa Fanny. En embargo, su imaginacion se negaba á comprender aquella horrible traicion de una mujer cuyos labios habían pronunciado tantos juramentos, tantas gratas y consoladoras promesas.

CAPITULO V.

UN DUELO Y SUS CONSECUENCIAS.

Serian las seis de la mañana cuando en un mismo carruaje se dirigieron á la venta del Espíritu Santo Salvador y Federico y sus respectivos padrinos Arturo y Rafael. La conversacion durante el camino fué viva y animada. Se trató de política, de literatura, de bailes y de teatros. La Fuoco y Guy, la Vargas y la Nena, la Matilde Diaz, Bianca y Valero, salieron á plaza en compañía de Zorrilla y Narvaez, Sartorius y Rubi. Arturo hizo gala de sus conocimientos en las lenguas extranjeras, pues habiéndose nombrado las carreras de caballo habló de *jukey-club*, *sparlman*, *grooms*, *steeple-chase*, y *gentleman-rides*. Federico felicitó á Salvador por sus novelas y demás obras, y dijo que sentía haberle conocido de una manera tan poco satisfactoria.

Por último, llegaron á la venta del Espíritu Santo; allí se buscó un sitio que estuviese resguardado de las miradas de los curiosos, y encontrado este, se probó el temple de los floretes, pues esta era el arma con que se había de verificar el duelo. Los padrinos por fórmula trataron de que se reconciliaran los adversarios, y decimos por fórmula, porque bien convencidos estaban de que aquel lance no se terminaría como otros con un almuerzo en el *restaurant de Lardy*, ó con algunas botellas menos en la tienda de los Andalutes.

Concluidos estos preliminares, Salvador y Federico tomaron los floretes y se colocaron en guardia; pocos momentos después las estocadas y las paradas se sucedían con una rapidez calculada, tan necesaria para la defensa como para el ataque. Carbonell y Orange hubiesen visto con gusto aquellas sabias combinaciones del arte de la esgrima, que tal auge y estima merece en nuestros dias.

Ambos competidores mostraban su destreza; pero Salvador tenía en contra suya una idea fija, que le acosaba y le hacía perder gran parte de su serenidad. Hubo un momento en que recordó que el hombre que tenía delante de sí, tal vez había merecido los favores de aquel ángel cuyo nombre tenía grabado en el pecho: este pensamiento le enardeció de tal modo, que arrojándose sobre su adversario con sin igual ímpetu, estuvo á pique de obtener una completa victoria, y aun logró herirle levemente en un brazo. Pero Federico, aprovechándose hábilmente de esta precipitacion, y tendiéndose á fondo en un momento oportuno, atravesó con una estocada en quinta el costado de Salvador. Este cayó al suelo sin pronunciar un ay. Arturo y Rafael se acercaron para prestarle los primeros parentorios socorros. Algunas vendas traídas de antemano y un poco de emplastro aglutinante sirvió para contener la sangre.

Esta es una *petit véridé* que se cura muy pronto con auxilio del *docteur*, dijo Arturo, y trasladando á su amigo al interior del carruaje que había servido á nuestros personajes para llegar hasta allí, se dirigió lentamente camino de Madrid.

Seis dias habían pasado desde que acontecieron los últimos sucesos que dejamos referidos. Todos los recursos de las ciencias médicas habían sido inútiles; la herida de Lazan era mortal. Fanny, al saber el estado de su amante, arrojándose los humanos respetos, había

corrido hasta el borde de su lecho de muerte. Allí, en aquella altura que pronto había de encontrar su cadáver, medió una escena asaz dura y viva de celos y amorosas reconvencciones. Empero bien pronto se convenció Salvador de la inocencia de su amada. Las palabras de Federico no habían sido mas que uno de esos alardes de libertinaje y cinismo que con tanta frecuencia hace nuestra ilustrada juventud. Después de esta explicacion, nuestros dos infortunados amantes se entregaron á todo el fuego de su ardiente intensísima pasión. En su amoroso delirio convinieron en unir sus manos ante el Altísimo, antes que el aliento vital faltase á Salvador.

El, pensaba Fanny, quiero llamarme su esposa antes que muera; quiero vestir de luto mi cuerpo además de mi alma; quiero llevar su apellido, y poder manifestar á todo el mundo mi profundo dolor y sentimiento. Un anciano sacerdote bendijo la union de los dos jóvenes, y al ver tan sagrado cariño, tan puros y generosos instintos, una lágrima brilló en su cándida mejilla, y sus labios se movieron pidiendo al Todopoderoso mayor ventura para tan nobles corazones.

La tarde del día en que se verificó tan triste desposorio, se hallaban sentados al lado del lecho del desgraciado poeta Fanny y Arturo. Todo inspiraba melancólicas pensamientos en aquel sitio. La luz penetraba escasamente por una ventana que daba á un patio; el silencio, interrumpido solo por la trabajosa respiracion del enfermo, y el ruido de un fuerte aguacero que en aquellos momentos caía; por último, las blancas paredes de la estancia, en la cual no había mas adornos que un pequeño reclinatorio, sobre el cual se veía el Evangelio en triunfo de Olavide, y una imagen del Redentor del mundo y tres ó cuatro sillas de Vitoria; nada distraía el ánimo, nada halagaba la imaginacion. ¡Ah! la muerte trae consigo un aparato aterrador y siniestro; ante su vista tiembla el vil escéptico y cesa la alegría del abolidor de libertinaje, y hasta aquel desventurado mortal que considera el fin de esta vida como el término de los mil pesares que nos sercan, un puede menos de estremecerse al considerar el mas allá que encierra la tumba.

Los labios de Lazan se entreabrieron, y haciendo una seña para que se le prestase atención, comenzó con entrecortadas frases á decir de esta suerte:

—Carbonell, amigos míos, que mi existencia se acaba... Si muero en un desatino, este fué por defender la honra de una mujer idolatrada... Si hubiese vivido á tu lado, Fanny, hubiera sido demasiado feliz... Se han de cumplir las palabras divinas... este mundo es un valle de lágrimas... Arturo, te erijo que no puedes vengar mi muerte... Adios, amigos queridos, una vida eterna nos espera... Allí volveremos á reunirnos.

Los sollozos de Fanny, reprimidos hasta entonces, no dejaron oír las postreras palabras del moribundo poeta; Arturo la sacó de aquel sitio, y en seguida volvió al lado de su amigo.

ÉPILOGO.

Aquella misma noche falleció Salvador. Al otro dia todos los periódicos anunciaban con profundo dolor este acontecimiento que privaba á la república de las letras de un aventajado ingenio, y á los escritores de un compañero querido é ilustrado. Mas á pesar de estos dolores *perilísticos*, tal vez solo dos personas sentían verdaderamente la muerte de nuestro héroe: Arturo, que reconocía en su amigo altas prendas de espacidad y nobleza de alma, y Fanny que sabía hasta qué grado había sido amada de aquel hombre que la había hecho hasta el sacrificio de su vida. ¡Feliz mortal, el que encuentra dos seres que le comprendan!

La bella niña, para valernos de la frase de un poeta moderno, tenía esa tristeza que puso Dios en los corazones predestinados á sufrir el martirio del desengaño. Aquella melancolía habitual se aumentó de una manera increíble; y no fué su dolor uno de esos alardes de sentimentalismo de que hacen gala los jóvenes del gran mundo, uno de esos alardes en que cuatro falsos sollozos y algunas *crispaciones* de nervios dan lugar á que en la crónica social se hable de su imprecionable espíritu; no; los meses pasaron, y jamás la alegría volvió á respirar en el semblante de Fanny; así galante se arrojaron á sus plantas pidiendo un beso de sí; una sonrisa dulcemente triste fué su única contestacion. Cuando se la veía en los paseos ó en los salones, parecia preocupada y distraída; vestía con notable sencillez; mas de una vez una forriva lágrima empañaba el brillo de sus azules ojos; cualquiera á la vez tan resignada la hubiese creído el ángel de la melancolía y del dolor.

Algunos años después decía Arturo sentando sus favoritas ideas: Mi regla es general *d'après nature*, el amor de la mujer es tan constante como el vuelo de la mariposa *Cejandant*; Fanny de Mendoza es una escepcion, pero una escepcion ríca dice, ríca significa.

Segovia 20 de febrero de 1851.

FERNÁN VILLEDA.

BIENAVENTURADOS LOS QUE GREEN.

Aunque engañado viva
poco me importa,
que también el engaño
tiene su gloria.

I.

«Duerme, niño del alma,
no tengas miedo,
por mas que el viento silbe
y aullen los perros;
duerme, que al niño,
mientras duerme le guardan
los angelitos.»

Así cantó una noche
mi dulce madre,
procurando dormirme
con sus cautares,
y fui quedando
poco á poco dormido
con aquel canto.

Hasta que empezó á verse
la luz del día,
dicen que el viento estuvo
silba que silba;
y aun aseguran,
que estuvieron los perros
aulla que aulla.

Mas yo pasé en un sueño
toda la noche,
junto á mi cara oyendo
dulces canciones,
junto á mí viendo
un ángel que velaba
mi dulce sueño.

Y desde aquella noche
dormí tranquilo
bajo el ala del ángel
el pobre niño...
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

II.

«Tal vez encuentres ¡hijo
de mis entrañas!
mas espinas que flores
en tu jornada;
pero, hijo mío,
piensa que estan las palmas
tras el martirio.»

Así me dijo un día
mi dulce madre,
convertidos sus ojos
en dos raudales;
así me dijo
cuando dejé la tierra
por qué suspiro!

¡Ay mis montañas verdes!
¡Ay mis cantares!
¡Ay mi casita blanca!
¡Ay mis nogales!
¡Ay mis castaños,
en donde yo jugaba
con mis hermanos! —

Hallo tantas espinas
en mi jornada,
que el corazón me duele,
me duele el alma!
Si alguien lo duda,
en mi frente está escrito
con una arruga.

Mas si Dios me da penas,
yo las bendigo,
porque crecen las palmas
tras el martirio.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

III.

«Si el amor, hijo mío,
llama á tu pecho,
no olvides que su origen
está en los cielos;
y ten presente,
que la mujer es débil
y el hombre es fuerte.»

Así me escribió un día
mi dulce madre...
¡Coronada de gloria
por ello se halle,
que desde entonces,
por el amor del ángel
troqué el del hombre!

En el amor contemplo
la pura esencia
de lo bueno y lo santo
que el alma encierra;
y el amor pago
con lo que encierra el alma
de bueno y santo.

La mujer á mis ojos
es débil planta
de eternos huracanes
amenazada;
y así procuro
su generoso apoyo
ser en el mundo.

Esta dulce creencia
me proporciona
mil goces inefables
que el vulgo ignora.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde,
¡bendita sea!

IV.

«Hijo mío, no flores
cuando yo espire,
que si mueren los cuerpos,
las almas viven,
y al fin y al cabo
la pérdida es un poco
de polvo vano.»

Así me escribió un día
mi dulce madre,
de su existencia el término
viendo acercarse...
Mi madre es muerta;
pero yo á todas horas
hablo con ella.

Exhalan cada día
su último aliento
seres por quienes late
mi amante pecho;
mas no me importa,
que les hablo y me escuchan
á todas horas.

Cuando un ramo de flores
pongo en su tumba
ó su nombre defendiendo
de la impostura...
un tierno voto
de gratitud me envían
llenos de gozo.

¡Santa creencia! Nunca
de mí se aparte,
que á los seres amados
hace inmortales!
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

ANTONIO DE TRUEBA.

Director y propietario, D. Angel Fernández de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra